



LOS DESAFIOS DEL SOCIALISMO VASCO

Jesús EGUIGUREN

No es posible referirse a las señas de identidad del socialismo vasco sin aludir a una historia de más de un siglo, que ha conformado sus rasgos más característicos. Sus primeros años de obrerismo radical (1886-1910), la etapa de colaboración con los republicanos (1910-1929), la afirmación socialdemócrata y a favor de la República frente a la monarquía (Dictadura de Primo de Rivera), su contribución al advenimiento de la Segunda República y a la consecución del primer Estatuto de Autonomía de Euzkadi, la guerra civil, el franquismo y la clandestinidad (época en la que se acentúa la colaboración con el nacionalismo), hasta llegar a los años de la transición y del momento presente.

Son periodos en los que, aun con estrategias diferenciadas, se advierten unas constantes en el socialismo vasco: su implicación profunda en la política española y el desarrollo de una identi-

dad propia y definida en el ámbito de Euzkadi.

Una identidad que pervive en nuestros días y que está marcada por la vinculación

***Vivimos hoy en el País Vasco
la culminación de
procesos que se iniciaron
a finales del siglo
pasado.***

al movimiento obrero, una vocación solidaria y universalista, un evidente pluralismo interno, el compromiso con las tareas transformadoras en España, un carácter eminentemente moderado y socialdemócrata y, en fin, la voluntad continua de buscar una respuesta al problema vasco sin transigir con los postulados del nacionalismo, con el que —y éste es su último rasgo definitorio— ha mantenido y mantiene una rivalidad constante. Una rivalidad que no excluye los periodos de colaboración con sus representantes, como en el momento presente, para poder hacer frente a los problemas del país.

Por lo mismo que es difícil entender al actual Partido Socialista de Euskadi (PSE) sin tener en cuenta determinadas constantes propias de su trayectoria histórica, no es posible comprender la Euskadi actual sin considerar la evolución y la relación mutua de dos organizaciones, PSE-PSOE y Partido Nacionalista Vasco (PNV), contrapuestas en todos los terrenos, incorporadas a la corriente histórica hace más de un siglo, de la mano de dos personas de características y creencias tan dispares, como Facundo Perezagua y Sabino Arana, representantes de movimientos sociales igualmente dispares y enfrentados en su origen.

Y es que vivimos hoy en el País Vasco la culminación de procesos que se iniciaron a fines del siglo pasado, al calor de la moderna industrialización. No es casual que sean esas fuerzas nuevas, los nacionalistas, y los socialistas, nacidos como consecuen-

cia de esos procesos, los que hoy dominan el panorama político de Euskadi; y que la derecha no nacionalista, tras periodos de incertidumbre y de crisis política, haya estabilizado y consolidado al fin sus posiciones. Junto a estas tres grandes corrientes, se ha instalado un cuarto bloque político representado por el nacionalismo radical.

Aglutinado en torno a Herri Batasuna (HB), el origen de este bloque se sitúa en realidades históricas más recientes: el nacimiento de ETA, en plena época franquista, como consecuencia, en gran medida, de las transformaciones que experimenta la sociedad vasca en los años sesenta.

Atrapadas entre estas cuatro identidades históricas, se mueven otras fuerzas que, como Eusko Alkartasuna (EA) y Euskal Ezkerra (EUE), pretenden modificar el juego político en el País Vasco, pero encuentran enormes dificultades, debidas a esas realidades políticas consolidadas a las que me he referido.

En otro sentido, vivimos también la generalización de una idea lanzada a finales del pasado siglo por Sabino Arana: la idea de nacionalidad vasca. Compartida en un principio por muy pocos, y combatida por otros muchos, esta afirmación de la nacionalidad, al margen de las connotaciones ideológicas con que naciera, fue gradualmente tomando fuerza en la sociedad vasca; hasta el extremo de que hoy se puede afirmar que es una realidad aceptada con naturalidad por una gran mayoría del país. Ante este hecho, no es de extrañar que entre las fuerzas políticas que eran ajenas a este concepto —es el caso, entre otros, del Partido Socialista—, la aceptación del hecho diferencial vasco haya ido imponiéndose a lo largo de los años.

Todos estos puntos de referencia han configurado nuestro actual sistema de autogobierno, encajado en una España democrá-

tica, integrada en Europa y que, no sin dificultades, está superando asignaturas pendientes, como son las de su aislamiento y atraso tradicionales. Configuran, igualmente, las interrogantes de nuestro próximo futuro.

Unos interrogantes referidos básicamente a la evolución del socialismo y de la izquierda vasca, y a la marcha general del país. Aspectos ambos de nuestra realidad política que se entrecruzan forzosamente. No es posible olvidar el peso y la implantación social y electoral del Partido Socialista ni lo que ambos representan para la gobernabilidad y estabilidad del País Vasco. Una Comunidad Autónoma que no puede gobernarse con simples mayorías aritméticas, tal como la realidad ha demostrado cumplidamente en numerosas ocasiones.

La última de ellas, con motivo de las elecciones generales del 6 de junio de 1993. Si algo confirmaron fue el auge de la izquierda autonomista, el ascenso de la derecha vasca no nacionalista, la consolidación del pluralismo, el inicio de un reequilibrio político entre nacionalistas y no nacionalistas y el declive de los radicalismos. Situación ésta que, de confirmarse en el futuro, permitiría un mayor margen de optimismo. Primero, por las posibilidades que introduciría de acelerar una efectiva normalización democrática del país. Y, además, porque reafirmaría al nuevo PSE-EE, nacido de la fusión del PSE-PSOE y de Euskadiko Ezkerra (EE), en su condición de primera fuerza política de Euskadi y como una alternativa real al nacionalismo en la dirección política del País Vasco.

Viendo las cosas con cierta perspectiva, habrá que concluir que los avances experimentados por el socialismo vasco apuntan en esa dirección y le capacitan para dar ese gran salto adelante. Ha sabido superar momentos difíciles y desanimantes en los primeros años de la transición, hasta asumir

las responsabilidades de gobierno que hoy ostenta. Paralelamente, ha reforzado y renovado sus señas de identidad, en coherencia con su ya dilatada trayectoria. Finalmente, ha fortalecido su proyecto, al converger con un partido de izquierda proveniente del nacionalismo, como es Euskadiko Ezkerra.

Convergencia que, como se ha podido comprobar, ha contribuido a reforzar notablemente su perfil vasquista y su grado de influencia en la sociedad vasca. Nos engañaríamos, sin embargo, si no reconociéramos que existen en este camino problemas aún no resueltos. O si consideráramos que, con la convergencia, se ha acabado de definir en Euskadi el espacio socialista y de izquierdas. No es así.

De entrada, no es posible ignorar que han quedado fuera de la convergencia importantes sectores progresistas o de izquierdas; así como que una de las fracciones de EE, la que hoy conforma Euskal Ezkerra, arrastra, al igual que Eusko Alkartasuna, un apoyo electoral que tiene un fuerte componente autonomista y progresista. Sin olvidar, por último, la existencia de una izquierda radical representada por Herri Batasuna, pese a que la envoltura de esta fuerza política sea fundamentalmente nacionalista.

Pienso en definitiva que existe una potencialidad de crecimiento y expansión del socialismo vasco que aún no se ha agotado. Aunque, siendo realistas, parece hoy por

***Hoy se puede afirmar que
la idea de nacionalidad
es una realidad aceptada con
neutralidad por una gran mayoría
del País.***

hoy una tarea bastante difícil procurarse apoyos significativos procedentes de estos espacios políticos ya mencionados, no es en absoluto descartable que este objetivo pueda alcanzarse a un cierto plazo. Por lo demás, para que el socialismo se fortalezca y pueda convertirse en alternativa al nacionalismo tiene que ganarse apoyos en todos estos sectores.

Por otra parte, va a pervivir en el socialismo vasco, con la inevitabilidad de las realidades sociales y políticas, la vieja disyuntiva entre su progresiva vocación vasquista y la necesidad simultánea de ser el referente político de una parte importante del electorado que por razones sociales, culturales y de oposición al hegemonismo nacionalista, han mostrado un tradicional desapego, cuando no prevención, hacia las peculiaridades del país. Es una disyuntiva que, sobre todo en la práctica política y electoral, no dejará de provocar contradicciones que habrá que ir superando. Entre otras razones, porque no existe ninguna incompatibilidad teórica entre la crítica radical al nacionalismo y la defensa de un vasquismo comprometido con la realidad española. Y si no existe esa incompatibilidad en la teoría, tampoco tiene por qué haberla en la práctica.

Otra cuestión a la que el PSE tendrá que hacer frente algún día se refiere a la modificación de sus relaciones con una fuerza política, como HB, de la que le separa un abismo aparentemente insalvable. Aunque los partidos agrupados en torno al pacto de

Ajuria Enea mantengan su política de aislamiento hacia Herri Batasuna, lo cierto es que esta última puede romperlo cuando lo desee, como ya se ha demostrado en más de una ocasión.

En la medida en que participe en las instituciones y se vaya sumando al juego de las coaliciones, la realidad política irá obligando a que la presencia de HB en la política de alianzas sea inevitable. Dando por descontado la gradual marginación del fenómeno terrorista, esas alianzas pueden ser relativamente viables cuando afecten a fuerzas nacionalistas. Se podrá o no compartir su conveniencia, pero su legitimidad se va a ir imponiendo en la práctica.

Podría ocurrir incluso que esos acuerdos propiciados por el nacionalismo radical afectaran también a los propios socialistas; al menos en territorios como Guipúzcoa, donde el nacionalismo moderado, los socialistas y el nacionalismo radical llevan camino de convertirse en las tres grandes fuerzas que monopolicen el juego político. ¿Y qué puede ocurrir si esos acuerdos son viables o necesarios a nivel municipal o incluso a escala provincial? ¿Habría que rechazar su posibilidad *a priori*? ¿O, por el contrario, se tendría que estudiar caso por caso y asumirlo en determinadas situaciones? No estoy hablando de un futurible más o menos vago, sino de algo que es ya un hecho en determinados municipios guipuzcoanos e incluso en las Juntas generales del territorio. Ante esta situación, el socialismo vasco tendrá que ir gradualmente replanteándose su política para adecuarse a la realidad.

***El socialismo vasco
ha fortalecido su proyecto de
converger con un partido de
izquierda proveniente del
nacionalismo como EE.***

Hablar de las relaciones con HB conduce a mantener el interrogante sobre la evolución del fenómeno terrorista, que continúa siendo uno de los grandes lastres para un futuro de Euskadi mínimamente despejado, aunque no existen dudas sobre el hecho de que ETA se halla en fase terminal. Pero sub-

sisten los temores sobre su capacidad de resistencia, el daño que aún pueda ocasionar en un periodo de tiempo determinado, y la influencia que este enquistamiento de la violencia puede seguir teniendo en el mundo político que la apoya.

Otros nuevos fenómenos están apareciendo en la sociedad vasca, como consecuencia en gran medida de un proceso de normalización política que los ha hecho aflorar. Uno de ellos, el provincialismo, que ha surgido con fuerza en Alava y Guipúzcoa, aunque por razones diversas. Como reacción al nacionalismo en la primera; y en Guipúzcoa como consecuencia de la pugna entre fuerzas políticas nacionalistas. Esta nueva realidad exige conjugar políticas particulares en cada territorio con otra global para toda la Comunidad Autónoma.

El otro fenómeno guarda relación con un retorno del nacionalismo a la expresión abierta de conceptos que antes parecían hallarse en segundo plano. Pese a la moderación que va imponiéndose en la sociedad vasca, y conviviendo con ella, es previsible que las fuerzas nacionalistas reivindiquen de manera más clara la independencia (como plantea, no sólo HB, sino también EA) o la autodeterminación, más ampliamente compartida por el nacionalismo en su conjunto. Lo cual no deja de provocar interrogantes que afectarán también a la estrategia socialista.

Finalmente, y ya para terminar, ¿cuál será la evolución de lo que se ha dado en llamar «problema vasco» teniendo en cuenta este cuadro de problemas del presente y de nuevas realidades? Siendo realista, habrá que tener en cuenta que esto es algo que no se va a resolver de la noche a la mañana. Como escribía Azaña, mientras haya nacionalismo con vocación secesionista, existirá el problema, porque «esto no se resuelve con textos de Estrabón».

No es posible ignorar que han quedado fuera de la convergencia importantes sectores progresistas o de izquierdas.

A mi entender, una evolución positiva de este problema no dependerá sólo del grado de autonomía ni del nivel de transferencia que alcance el País Vasco, ni de factores semejantes. La manera definitiva de conseguir que el problema vasco discurra por unos cauces llevaderos y que se mantenga en una situación no excesivamente conflictiva con el Estado democrático español, consiste en lograr un nuevo equilibrio de fuerzas en Euskadi. Algo que solamente, o principalmente, depende del socialismo vasco, teniendo en cuenta la debilidad relativa de las demás fuerzas no nacionalistas.

Ese es uno de los grandes desafíos futuros para el PSE. Tiene que cumplir una función y un papel político que van más allá de lo que compete a un partido de izquierda en un sistema normalizado y donde no existen problemas de identidad nacional. En el País Vasco no deja de ser una mera ilusión el deseo de que la confrontación política se reduzca a la pugna entre derechas e izquierdas. La dinámica derivada de la existencia del nacionalismo lo impide y lo seguirá impidiendo en gran medida y durante mucho tiempo. Por eso, la significación profunda del PSE-EE pasa en gran medida por su función de vertebrador del país y ser contrapunto eficaz del nacionalismo.

Hasta el presente, con una presencia institucional importante pero insuficiente, el socialismo vasco ha conseguido, y no es poco, moderar ciertos comportamientos del nacio-

Aunque los partidos del pacto de Ajuria-Enea mantengan su política de aislamiento hacia HB, esta última puede romperlo cuando lo desee.

nalismo, dotar de estabilidad y gobernabilidad al País Vasco y resolver viejos problemas estancados. Pero todo eso, con ser importante, ya no es suficiente. Su consolidación y profundización dependerá de que el Partido Socialista acceda al liderazgo que hoy recae en gran medida en el nacionalismo.

Cuando se haga efectiva esa alternativa autonomista y progresista, y se consiga un mayor equilibrio social y político reflejado en las urnas, el nacionalismo se verá forzado a adecuar su política a esa nueva realidad. Quizá de esta forma nos encontremos en vías de solucionar el problema vasco: el que precedió al terrorismo y el que subsistirá cuando la violencia acabe.

En definitiva, aun contando con que el problema siga siendo durante un tiempo un problema pendiente, es perfectamente factible que sepamos encauzarlo por vías de racionalidad, eliminando sus contornos más conflictivos. Si alcanzamos este objetivo, y creo que podemos alcanzarlo, habremos recorrido una buena parte del camino.